Núm. 117.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LA LIEBRE Y LA RABIA,

Ó

LA VENTA.

PARA NUEVE PERSONAS.



VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN.

Año 1816.

PERSONAS.

El Ventero.	*Un Sargento.*	*Doña Juana.*
La Ventera.	*D. Pedro.*	*Doña Pepa.*
Un Capitan.	*D. Blas.*	*Un Mozo.*

Venta: sale la Ventera y el Mozo.

Vent. OYes, Juanillo ¿has limpiado
las sartenes? ¿has barrido,
y has aseado los quartos?
Moz. Si señora.
Ruido de cascabeles.
Ventera. Pues despacha,
que un coche viene llegando:
¿y tu amo?
Moz. Está durmiendo.
Ventera. Que despierte con mil diablos.
Vase el Mozo; y salen D. Pedro, D. Blas, Doña Juana y Doña Pepa.
Ped. ¡Válgame Dios, que tres leguas
tan largas! hemos gastado
lo menos sus cinco horas.
Blas. Está el camino muy malo.
Juan. ¡Jesus, que fea posada!
Ped. Si parece de gitanos
en lo puerca y asquerosa.
Pep. Que nos den el mejor quarto,
A Blas.
y prevengan de comer,
que vengo con un desmayo
terrible.
Blas. ¡Hola! Patrona.
Ventera. Aquí estoy á su mandado.
Ustedes pidan.
Blas. Al punto,
denos usted el mejor quarto,
y prevenir la comida.
Ped. Sí, que yo buen hambre traygo.
Ventera. Pues á bien que aquí se encuen-
de todo lo necesario. (tra
Blas. ¿Y qué hay?
Ventera. Pidan ustedes.
Pep. Pero dígame usted algo
de lo que habrá.
Ventera. Yo no sé;
el que lo sabe es el amo.
Blas. Pues llámele usted corriendo.
Ventera. Allá voy. ¡Hola! muchacho:
¿oyes? preséntate aquí.
Sale el Mozo.
Moz. ¿Qué se ofrece?
Ventera. Llama al amo.
Moz. Voy. *vase.*
Blas. Aquí tendrán ustedes
siempre gente.
Ventera. Como es paso
para Madrid, nunca falta.
Ped. Yo me acuerdo haber estado
en esta venta otra vez.
Sale el Ventero.
Ventero. Sean ustedes bien llegados,
señores, ¿qué hay que mandar?
Blas. Solo saber deseamos,
¿qué habrá de comer de pronto?
Ventero. Usted pida: si ignoramos
su gusto: no faltará.
Juan. Queremos ser bien tratados.
Ped. Y que cueste lo que cueste.
Ventero. ¿Se comiera usted un buen pa-
Juan. ¿Y por qué no? (vo?
Ventero. Esta mañana
(¿no es verdad, muger?) matamos
uno de arroba y seis libras.
Blas. Bueno, bueno, venga el pavo.
Ped. ¿Le tiene usted ya compuesto?
Juan. ¿Está cocido ó asado?
Ventera. ¡Cómo! si quatro señores
que habia se lo mamaron
al medio dia.
Ventero. ¡Y qué tierno
estaba, y qué bien cebado!
pero habrá otra cosa.
Juan. ¿Qué?

diga usted, no sea pelmazo.
Ventero. ¿Comen ustedes perdices?
Juan. No puede haber mejor plato para mí.
Ventero. Pues acá suele haberlas de quando en quando.
Blas. Es buen consuelo.
Ventero. Muger, ¿no llevaba tres ó quatro un cazador, que ahora mismo pasó por aquí?
Blas. Llamarlo, ó que le vaya á buscar un mozo con un caballo.
Ventera. ¿Qué? si lo que dice habrá, señor, al menos un año.
Ventero. Ni tampoco quatro meses, embustera.
Juan. Bien estamos, y yo muriéndome de hambre.
Ped. A mí ya me dan desmayos.
Pep. Pero ¿qué hemos de comer?
Ventero. Ustedes pidan: si ignoramos su gusto: no faltará.
Ped. El hombre está endemoniado.
Juan. Vamos, despáchese usted.
Blas. ¿Pudiera hacerse un guisado de pollos?
Ventero. Sí señor, y es lo mas breve.
Blas. Pues al instante á pelarlos.
Ped. Corriendo á encender la leña.
Ventero. Mas se me ofrece un reparo, que los pollos que tenemos todavía no han soltado el cascaron.
Blas. Voto á::: ¡que nos suceda este chasco! Señora, y ¿qué hemos de hacer?
Juan. El irnos es lo acertado.
Ped. ¿No tiene usted unos pichones?
Pep. ¿Los hay?
Ventero. ¡Toma! me hechizaron el palomar, y ni uno siquiera hemos visto ogaño.
Blas. Ciertamente estamos frescos.
Juan. Y yo muerta de desmayo.
Ped. Pues ¿qué hemos de comer?
Ventero. Ustedes pidan: si igndramos su gusto: no faltará.
Blas. No faltará, y no encontramos un remedio.
Ventero. Poco á poco.
Blas. Despache usted con mil diablos.
Ventero. Dime, muger, ¿no habrá carne en ese pueblo inmediato?
Ventera. Y muy rica, mas como hoy es viernes, no habrán matado.
Ventero. Pero matarán mañana.
Blas. ¿Y hemos de estar aguardando hasta mañana?
Juan. Ya veo que en ayunas nos quedamos.
Ped. Con que no hay apelacion, ¿y será fuerza quedarnos sin comer?
Ventero. Si no hay forma que sepamos el gusto de sus mercedes.
Blas. Tú nos estás provocando.
Ventero. Señor, como dice el otro, la mesa y confesionario á gusto del penitente, y á gusto del convidado. ¿Ustedes naturalmente comerian un buen plato de pescado?
Juan. Sí, pues venga.
Ventero. ¿Ve usted, señor? ¡el diablo parece que esto lo enreda! si lo hubiera, aquí volando se lo diera; mas ni chispa en la venta me ha quedado.
Blas. Por vida de los demonios, ¡que nos suceda este chasco!
Ped. Pero ¿qué hemos de comer?
Ventero. Usted pida: si ignoramos su gusto, ¿cómo ha de ser?
Juan. Mejor será que nos vamos.
Ped. Que pongan el coche al punto.
Pep. Eso es lo mas acertado.
Blas. No habrá siquiera unos huevos.
Ventero. ¡Y que un señor cortesano, como su merced, pregunte tal! ¡vaya!
Ped. ¿Pues qué hay de malo en la pregunta? ¿decid?
Ventero. Si no hay gallinas ni gallo

en casa, ¡cómo habrá huevos!
vaya, que en el calendario
no hay tal pregunta, señor.
Blas. Que pongan el coche, y vamos
á otra venta, ó al lugar
que se halle mas inmediato.
Ventero. ¿Con que ello se van ustedes?
Blas. Pues ¿qué quiere usted que hagamos,
si hemos venido á parar
á un desierto? yo he pensado
que tampoco tiene usted agua.
Ventero. En eso está equivocado
su merced, que tengo un pozo
como cristales de claro:
el agua es algo salobre,
pero la beben los machos.
Blas. Como él, que es un gran bestia,
animal, bruto, insensato,
incapaz, indigno y torpe.
Ventero. Vivan ustedes mil años:
¡vea usted lo que se saca
de servir bien, y con garbo
á los huéspedes! que á un hombre
lo pongan como mil trapos.
Ventera. Al fin, ¿qué quieren ustedes?
Juan. Todo, donde no encontramos
cosa alguna.
Ventero. Si quisieran
unas sopas, de contado.
Blas. ¿Qué decis, señoras mias?
Juan. Yo tal hambre es la que traygo,
que por calentar el cuerpo
las tomaré.
Blas. Pues, volando,
hágalas usted. *Ventero.* Al instante
se les hará un bello plato;
marcha, y limpia la sarten:
Al Mozo.
tú preven lo necesario:
A la Ventera.
saquen ustedes el pan.
Ped. ¿Qué tampoco hay pan?
Ventero. Del blanco
no señor. *Blas.* Pues de qualquiera.
Ventero. Sácalo.
Ventera. Si se ha acabado.
Blas. Pues estamos lindamente.
Ventero. No señor;
traerá el muchacho
del molino.
Blas. ¿Y está léjos?
Ventero. Cerca de dos leguas y un quarto.
Ped. Diga usted que no se canse.
Blas. Este hombre es un malvado.
Juan. Mayoral, ponga usted el coche,
que aunque no coma en un año,
Al bastidor.
no quiero estar mas aquí.
Ventero. Pues ya que ustedes han dado
en que se han de ir, paciencia:
saca el tintero, muchacho,
ajustaré á los señores
la cuenta de lo gastado.
Blas. ¡Gasto! ¿está loco este hombre?
¿qué pide usted?
Ventero. No es muy largo:
quatro reales de dos camas,
y dos reales del quarto.
Blas. ¿Qué quarto hemos de pagar?
¿si no lo hemos ocupado?
Ventero. ¿Pues y yo qué culpa tengo?
ahí está muy aseado
con sus dos camas muy limpias,
y lo demas necesario.
Blas. Primero que tal pagase::-
Ventero. En este confesionario
el penitente que llega
ha de purgar sus pecados.
Blas. Por vida::-
Ventero. Pues, como dixe,
seis tenemos ajustados,
y doce reales del coche,
son diez y ocho; los gastos
de leña y lumbre, son seis,
con que ya son veinte y quatro;
lo que se come la piedra
del portal de haber pasado
los carruages por ella,
y el ruido::-
Ped. D. Blas, vamos.
Ventero. Con que ya son treinta y siete;
lo demas yo lo hago franco.
Ahora den para alfileres
á la moza, y al muchacho,
lo que gusten.

Blas. Este hombre
sin duda está endemoniado.
Dent. Ha de la venta: ¿ventero?
Ventera. Un cazador ha llegado:
señores, trae una liebre.
Ventero ¿Una liebre? voy volando. *vase.*
Ventera. Señores, suplico á ustedes
se detengan.
Blas. Este chasco
no volverá á sucederme,
que en el lugar inmediato
haré provision de fiambre
para no tener que hallarnos
en otro aprieto.
Sale el Ventero con la liebre.
Ventero. Señores,
fresca viene y chorreando:
¿se les compone?
Juan. ¿Hay tal,
viendo como nos hallamos?
al instante á componerla.
Ventero. ¿Verán que rico guisado
les haré?
Ventera. Pues yo me voy
hacer de ensalada un plato.
Ventero. Ven ustedes, si en mi venta
nunca falta ni ha faltado
que comer: á desollarla.
Juan. Que pongan la mesa en tanto.
Ventero. Si gustan, aquí podrán
comer, que estará mas claro,
y mucho mas grande el puesto.
Vase.
Blas. Donde usted quiera.
Ventera. Muchacho,
saca pronto servilletas,
y los cubiertos de palo.
Pep. ¡Oh, qué de roña tendrán!
Ventera. No señora, ni pensarlo:
ustedes, señores mios,
tendrán la honra de estrenarlos,
que yo distingo de gentes.
Ped. ¿En donde os habeis criado,
patrona?
Ventera. ¿Yo? entre la tropa;
mire usted si sabré quando
he de hacer la retirada
y disponer el asalto.
Sacan el Mozo y la Ventera la mesa, seis sillas y manteles &c.
Blas. Mientras esto se compone,
nos entraremos al quarto
á descansar.
Pep. Decís bien.
Ped. Vamos, vamos. *vanse.*
Ventera. Mientras saco
vino, vete, chico, adentro
corriendo, pues, con tu amo,
y haz la ensalada.
Moz. Ya voy. *vase.*
Dent. Só, polinaria; só, macho.
Ventera. Gente nueva.
Suenan cascabeles dentro, y salen el Capitan y el Sargento.
Cap. Mi Sargento,
que nos dispongan un quarto,
y ante todo la comida.
Sarg. Con buenas ganas me hallo.
¿Patrona?
Ventera. ¿Qué manda usted?
Sarg. ¿En dónde se encuentra el amo?
Ventera. Está dentro.
Sarg. Id á llamarle.
Ventera. Con mucho gusto. *vase.*
Sarg. ¡Canario!
¡qué linda es la mesonera!
Cap. Sargento, ¿á usted le ha gustado?
Sarg. ¿Por qué no, mi Capitan?
ó dexar de ser soldado.
Sale el Ventero.
Ventero. Señores, ¿qué mandan ustedes?
Cap. Vamos previniendo algo
de comer, que traygo un hambre
que no veo.
Ventero. No hay cuidao:
á buena parte han venido;
aquí de todo hay sobrado.
Cap. ¿Pero es menester saber,
porque yo soy delicado
de boca, qué es lo que hay?
Ventero. Ahora se está guisando
una liebre.
Cap. Bueno, lindo;
por el gusto usted me ha dado:
como esté ella bien guisada,
es un excelente plato.

¿No es verdad, Sargento?
Sarg. Cierto,
y entre presa y presa trago:
ponga la mesa, y verá
quan pronto la despachamos.
Ventero. Pero el caso es que la liebre
ahora mismo la han comprado
para comer, y la esperan
las señoras de aquel quarto.
Cap. ¿Y no hay otra?
Ventero. No señor;
pero si se le ha antojado
á su merced comer liebre,
puede pase por acaso
algun cazador con otra.
Cap. No vengo con ese espacio:
¿no hay perdices?
Ventero. No señor.
Cap. ¿Conejos?
Ventero. Se han acabado.
Cap. ¿Huevos?
Ventero. Tampoco los hay.
Cap. ¿Sardinas, ó bacalao?
Ventero. Todito se ha concluido.
Cap. ¿Hay demonios coronados
que carguen con esta venta?
Ventero. No hay demonios, pero hay
diablos.
Sarg. ¿Quién es ese?
Ventero. Mi muger.
Cap. ¡Cierto que estamos medrados!
¿pues y qué hemos de comer?
Ventero. Señor, pida: si ignoramos
su gusto: pidan ustedes.
Cap. ¿Qué hemos de pedir, si hallo,
no señor, á cada cosa?
¡vaya, que estamos aviados!
Sargento, ¿qué dice usted?
¿qué hemos de comer, venablos?
Sarg. Mi Capitan, no se crea
de venteros; en entrando
tropa en estas casas, luego
ocultan estos bellacos
lo que tienen, porque piensan
que no hemos de pagarlo:
lo que digo á usté es lo fixo.
Ventero. Yo pienso muy al contrario,
porque en entrando en mi venta
oficial, sargento, ó cabo,
le sirvo los pensamientos,
porque á veces anda el palo,
y se hace preciso á un hombre
ser ligero, y no pesado.
Cap. Por vida de::-
Salen los 4. ¡Capitan!
¿qué es aquesto?
Cap. Esto es un rayo
que cayga y parta la venta.
Ventero. Como yo no esté debaxo.
Sarg. Que ha de ser, que hemos venido
siete leguas caminando,
muertos de hambre, y no tenemos
que comer: ¿no es un buen chasco?
Blas. Ello por ello, á nosotros
lo mismo nos ha pasado;
y á no ser por una liebre
que se compró, nos quedamos
en ayunas, sin remedio,
Cap. Pues esté usted asegurado,
que no me voy de esta venta
hasta que busque el malvado
que darnos; y sino encuentra,
me lo he de comer asado.
Ventero. Sí, que como me hallo gordo,
seré un plato delicado.
Sarg. Ni yo tampoco me voy.
Ventero. ¿Vienen ustedes de espacio?
Cap. No, amigo.
Ventero. Lo siento mucho,
porque en habiendo soldados
está mi muger contenta,
y yo vivo asegurado
de que vengan á robarme.
Cap. ¿A que lo mato á usted á palos?
Ventero. Mirad, señor Capitan,
como están los tiempos malos,
es preciso disimule;
pero si viene el verano
que viene, yo le tendré
de todo lo necesario.
Cap. Por vida de los demonios::-
Saca la espada.
Tod. Señor Capitan.
Ventero. Me marcho.
Saca la Ventera una cazuela y ensalada.

Ventera. Señores, ya esto está listo,
váyanse ustedes sentando.
Blas. Señora, si al Capitan,
y Sargento convidamos,
no tocamos de la liebre
de toda ella ni el caldo.
Ped. ¿Qué haremos?
Juan. Disimular.
Pep. Hay mas que no convidarlos.
Ped. Dice bien: si ello es muy poco:
vámonos todos sentando.
Se sientan.
Cap. ¿Ha visto usted, mi Sargento,
que groseros han andado
con nosotros esos monos
en no habernos convidado
siquiera de cumplimiento?
Sarg. ¿Quiere usted darles un chasco
famoso?
Cap. ¿Cómo ha de ser?
Sarg. El que el viage pasado
conté á usted que di en Castilla.
Cap. ¿Qual? ¿el de la rabia? ¡bravo!
Sarg. Si ellos cataren la liebre,
diga usted que soy un asno.
Hablan aparte.
Blas. Patrona, que traygan vino.
Sale el Ventero con botella y jarro.
Ventero. Aquí teneis negro y blanco.
Juan. ¿Ese blanco es malagueño?
Ventero. Si es agua.
Sarg. Este es el entablo.
Cap. Una vez que no tenemos
que comer, id de contado,
Sargento, y decid al Mozo
que saque de aquel canasto
que viene en la red, el fiambre.
Sarg. ¿Calesero, hola, muchacho?
sacate las dos gallinas
asadas, y aquel pedazo
de ternera, vamos pronto.
Juan. ¡Quién pillara un buen pedazo!
Ped. ¡Oxalá!
Blas. Señores mios,
ya es menester convidarlos,
para que participemos
de lo que trae.
Pep. Acertado.
Blas. Señor Capitan, si gusta
de venir á acompañarnos,
con voluntad::-
Cap. Agradezco
la expresion; pero yo traygo
para lances como estos,
mi despensa. *Ped.* Pero en tanto
tome usted, aunque no sea
mas que dos presas, y un trago.
Sarg. Dicen muy bien los señores,
mi Capitan, no era malo
el juntar ambas comidas,
y haremos todos un rancho.
Juan. Sí, estaremos mas alegres;
dice muy bien.
Blas. Bien pensado,
señor Capitan, sentarse.
Cap. Grosero fuera, si á tanto
honor, ahora me negara,
y pues que somos hermanos
de una religion, Sargento,
sentarse sin embarazo,
que yo sé quien es usted.
Sarg. Agradezco el agasajo::-
Blas. Señores, sin cumplimiento.
Sarg. Empecemos lo tramado:
venga ensalada.
Siéntase al lado del Capitan al frente, y come á puñados, fingiendo rabia, sin cesar de comer.
Ped. ¿Qué es esto?
Sarg. Esto se come á puñados;
ju, ju, ju.
Blas. ¿Qué teneis, seor Sargento?
Sarg. Venga vino, que me atasco.
Juan. ¿Qué es esto? *Al Capitan.*
Cap. Una friolera.
Juan. ¿Parece que le da algo?
Sarg. Yo soy de Fuente-Rabía,
y desde que era muchacho
no he vuelto allá: caballeros,
la liebre está que es un pasmo.
Comiendo aprisa, y el Capitan con calma, todos asustados.
Juan. Señor Capitan, ¿qué tiene
este hombre?
Cap. No hay que asustaros,
le mordió un perro rabioso

en Madrid, y está tocado
de la rabia.
Blas. ¡Caracoles! *Levántanse los 4.*
Juan. ¡Ay Dios mio!
Ventero. ¡San Hilario!
¿un perro le mordió á usted?
Sarg. Un demonio de un alano
que me reventó.
Juan. ¡Qué susto!
Sarg. Parece que estoy mirando
al mismo perro.
Ventero. ¡Canario!
y á mí me mira.
Sarg. Patron,
¿gusta usted de este pedazo?
Ventero. No señor, lo estimo mucho.
Sarg. Ya esto se va rematando,
comer hasta que se acabe.
Blas. Señor Capitan, alzaos,
que ese es un mal pegajoso.
Cap. No paseis de eso cuidado:
él rabia de mordedura,
y yo de hambre estoy rabiando:
con que dexar que rabiemos
á la par.
Sarg. Venga otro trago.
Despacio ya.
Patron, ¿qué es lo que se debe?
Ventero. Señor, todo está pagado.
Sarg. Amigo, yo lo he comido,
y yo es preciso pagarlo.
Ventero. Pues señor, de usted no quiero
tomar maldito el ochavo,
no sea que á su dinero
la rabia se haya pegado,
y á mí se me pegue luego,
y rabie con los diablos.
Juan. ¡Qué lástima da el buen hombre!
Pep. ¡Compasion causa mirarlo!
Ahora para de comer el Capitan, y plegando la servilleta dice al Sargento.
Cap. Ya la liebre se acabó.
Sarg. Pues ya mi rabia ha pasado.
Los 4. ¿Qué es aquesto?
Cap. Esto es, señores,
haberles dado este chasco,
en castigo de que ustedes
desatentos, no han usado
siquiera de cumplimiento
el habernos convidado.
Pues entre gentes de honor
se debe usar.
Sarg. Sosegaos.
Cap. La rabia ha sido fingida.
Ventera. ¿Es verdad?
Sarg. Pues vaya, ¿quando
han visto ustedes rabiosos
enjamas que coman tanto?
Ventero. Tiene razon el Sargento;
esta no come bocado,
en siendo que está rabiosa.
Juan. A lo menos se ha logrado
haber salido del susto.
Ped. Cierto, yo estaba temblando.
Ventero. ¿Y ahora quien me paga á mí?
Sarg. Si decís que está pagado.
Ventero. Yo se lo dixe rabioso,
pero ya estais bueno y sano.
Sarg. Pues me volveré á la rabia.
Ventero. Tal, no señor, ni pensarlo.
Cap. Señoritas, siento mucho
que aquesto que aquí ha pasado
les haya alcanzado á ustedes;
mas ya que juntos nos vamos
al lugar, tengo de darles
una gran cena en llegando,
y armaremos un buen bayle
á objeto de desquitarnos;
y pues ese tiene culpa
de todo lo que ha pasado,
no darle un maravedí.
Ventero. Ahora soy yo el que rabio,
mi Capitan, esto ha sido
el haberme descuidado,
pero os prometo que otra
no sucederá.
Cap. Pues baxo
de esa palabra::: Sargento,
páguele usted de contado.
Tod. Viva el señor Capitan.
Cap. Que pongan el coche, y vamos.
Tod. Pidiendo todos rendidos
perdon de defectos tantos.

FIN.